

Los *Infortunios* de Alonso Ramírez 1

Antonio Lorente Medina

Unos **meses después de la aparición de** la *Libra Astronómica y Philosophica*, Sigüenza y Góngora publica sus *Infortunios*, pequeña relación autobiográfica en que se encuentran las desventuras de su protagonista, Alonso Ramírez, desde su marcha de Puerto Rico a los trece años de edad hasta su llegada a la corte de México, quince años después, donde la magnanimidad y piedad del virrey -influida por las súplicas de D. Carlos-, parecen cambiar el rumbo futuro de la vida del **desafortunado puertorriqueño.**

Infortunios es, sin duda, el libro más conocido y estudiado de Sigüenza y el que más peripecias ha sufrido en su ya considerable recepción crítica. En este sentido, y desde que fuera editado en 1902 como parte del tomo XX de la *Colección de libros raros y curiosos que tratan de América*, las opiniones de los estudiosos se han polarizado en dos frentes que se han pretendido irreconciliables: **el de quienes defienden su historicidad esencial; y el de quienes abogan por su encasillamiento genérico en la prosa de fic-**

ción. Lo curioso es que hasta fecha muy reciente (1965) la crítica la percibió unánimemente como libro de memorias y como tal lo estudió dentro de las relaciones históricas contemporáneas de Sigüenza y Góngora. Mariano Cuevas (1924) veía en *Infortunios* y en las diversas relaciones que cita en su documentado libro, sintomáticamente publicadas todas en la imprenta de la Viuda de Calderón, el «primer paso hacia la prensa periódica» para un público lector cada vez más extenso que **demandaba la información suministrada** por este tipo de obras:

Nosotros en ésta y en las demás obrillas que acabamos de mencionar, vemos más bien el primer paso hacia la prensa periódica, y tanto más cuanto las relaciones eran más frecuentes y de hechos más cercanos (...) Por todas estas noticias se ve que el México de mediados del siglo XVII quería ya estar en contacto intelectual con todo el mundo y que además se creía responsable de dar a conocer no solamente su propia vida sino la de aquellos reinos y provincias que consideraba más suyas (como en efecto lo eran) que de la misma antigua España y por esto en México se escribían y publicaban historias de Guatemala y Filipinas, de las

expediciones de Barlovento y de los sucesos acaecidos a los españoles en las Islas del Japón.

Cinco años después Irving A. Leonard matizaba un tanto estas palabras y afirmaba que *Infortunios* es «uno de los productos **más amenos** de la fácil pluma de don Carlos» y que, «como relato de aventuras acaso pueda considerarse como precursora de la novela mexicana». No obstante esta afirmación, estudiaba el relato como prueba del desinterés y la generosidad de Sigüenza y como señal del gran escritor que hubiera podido ser «si las circunstancias le hubiesen permitido escribir obras literarias». Pero siempre desde la óptica de un relato histórico fidedigno, acaecido a «un pobre aventurero puertorriqueño» del que Sigüenza siente conmiseración, como muestra el párrafo final con que cierra su estudio:

*Y, como ya se ha indicado, el que escribiera este relato revela su caridad y la generosidad de su carácter. No sólo obtuvo ayuda financiera para el héroe de la obra, sino **que también** indujo al virrey a expedir una orden **en que** daba al puertorriqueño un cargo **en la Real Armada del Golfo**. Luego hizo los trámites **necesarios** para que Ramírez fuera a ocupar su puesto en compañía de Juan Enríquez Baroto, capitán **de artillería** de la armada y ex discípulo **e íntimo amigo** de Sigüenza.*

Y en términos similares se expre-

san Rojas Garcidueñas y Menéndez Pelayo, quienes alaban la «viveza del relato y de la acción» y su estilo «llano y suelto». El crítico mexicano opina que *Infortunios* **es un** ejemplo magnífico del interés de Sigüenza por «la nimia exactitud de las referencias y descripciones de lugar» y, consiguientemente, encuadra el texto dentro del «relato de viajes», fuera de la prosa novelesca como han querido ver «autores poco avisados y nada críticos». El polígrafo santanderino lo percibe como «unas curiosas aunque sucintas memorias». Y extrañado en su sensibilidad lectora de que Sigüenza hubiera redactado un discurso tan ameno, atribuye el mérito de su contenido a la personalidad del protagonista y a la frescura de su relación oral.

Pero a partir de estos años la «viveza del relato» va ganando adeptos en favor de su ficcionalidad. Nuevas sensibilidades y nuevas interpretaciones críticas, unidas al deseo insatisfecho de encontrar novelas hispanoamericanas en el período colonial, llevan a un cambio de orientación. Así, aunque la década de los cincuenta no recoge ningún trabajo de envergadura sobre *Infortunios* (sí opiniones encontradas de Luis Alberto Sánchez, E. Anderson Imbert y Bazarte Cerdán, todas ellas escasamente documentadas), se percibe una mayor atención por especificar sus valores novelescos. Atención

que se concreta en la breve introducción que Alba Vallés Formosa coloca al frente de su edición en 1967. En ella obvia la espinosa cuestión del género literario a que pertenece, con el fin de «abrir nuevas fronteras en cuanto a los orígenes e influencias de la novela hispanoamericana». Y desde esta postura revisa los elementos novelables de *Infortunios*: relaciona el carácter autobiográfico de la narración con *Robinson Crusoe*, la novela de aventuras posterior de Defoe; observa «huellas de la picaresca» en las andanzas de Alonso Ramírez por tierras mexicanas y las connotaciones literarias de la escena «del naufragio y salvación en una isla desierta». Pero es el artículo de David Lagmanovich el que orienta definitivamente la literatura crítica hacia la ficcionalidad del texto de *Infortunios*. Para destacar su carácter eminentemente ficticio parte Lagmanovich de un hecho que no sé si es anacrónico, pero que ha tenido enorme eco en la crítica posterior: el interés que para la narrativa contemporánea tiene el episodio en que el protagonista «se sale» de las páginas del libro «y va en busca del autor para que éste lo «escriba» y le dé su ser literario» (p.7). Lagmanovich basa la «literaturidad» de *Infortunios* en el tono realista y descarnado de muchos episodios, en las diferencias de descripción de lugares -según sean americanos o no- y en el hibridismo de la obra;

hibridismo que para él es una «constante diferenciada de la literatura hispanoamericana». Considera, en fin, *Infortunios* como una verdadera novela, que «combina, casi en iguales proporciones, la crónica del viaje, la novela de aventuras, y, sobre todo, la novela picaresca» (p.11); aunque no se le ocultan las objeciones que se le pueden oponer, algunas de las cuales las señala él mismo.

A partir de 1980 los trabajos críticos sobre *Infortunios* se suceden ininterrumpidamente, «descubriendo» posibles modelos genéricos en los que se apoyó Sigüenza para su composición del relato y profundizando en la personalidad de Alonso Ramírez. Así, el artículo de Serafín González, de gran interés para el análisis estructural de *Infortunios*, elimina ya cualquier referencia a su posible historicidad y analiza las funciones y secuencias que componen la «novela» siguiendo muy de cerca las pautas teóricas de Bremond y de Barthes. Su atractivo estudio le lleva a concluir que *Infortunios* constituye un proceso de autoaprendizaje del protagonista, desde una visión idealista del mundo que lo rodea hasta una visión realista; proceso que tiene su correlato en la transformación de Alonso Ramírez, de juguete de los hechos narrados a «dueño» de esos mismos hechos. Y al año siguiente (1981) Julie Greer

Johnson profundiza -en otro artículo que ha tenido mucha fortuna- en los débitos del personaje Alonso Ramírez como anti-héroe con la novela picaresca, sobre todo con el *Guzmán de Alfarache*, novela con la que cree ver más conexiones.

Dos trabajos muy desiguales constituyen la aportación crítica literaria en 1982 al esclarecimiento de *Infortunios*: el de Lucrecio Pérez Blanco, y el de Raquel Chang-Rodríguez. La superficialidad y la redacción deficiente caracterizan al primero, que retorna la filiación de Alonso Ramírez con el pícaro -siguiendo a M. Casas Faunce- para afirmar después que su verdadero modelo literario es «la novela griega». Lo sorprendente es que, tras intentar analizar las funciones básicas, los enlaces y las técnicas compositivas en *Infortunios*, elija un texto -sacado de García Gual- que muestra lo alejado que está este libro del modelo literario que se nos ofrece.

Mucho más importante es el trabajo de Raquel Chang-Rodríguez, como subrayará posteriormente Arrom. En este estudio la crítica indaga con sagacidad las conexiones entre la carta y la relación, y los vínculos entre ésta y la picaresca; para la estudiosa prueba inequívoca «de la importancia de esta modalidad narrativa [la relación] popularizada con la conquista y colonización de América» (p.89). Ello le autoriza

para afirmar a renglón seguido que «no debe sorprendernos por eso que el erudito Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700) haya escogido la autobiografía para relatar las andanzas de Alonso Ramírez». Basada en la enorme popularidad de las novelas picarescas, especula en que fuera ésta la causa posible de la opción narrativa que toma Sigüenza y Góngora. Observa el paralelismo entre la autobiografía de Alonso Ramírez y la novela picaresca, siguiendo muy de cerca en este apartado el artículo de Lagmanovich. Más interesantes y originales son las páginas siguientes, en las que se dedica a demostrar que el linaje de Alonso Ramírez no es el del pícaro. A través de las peripecias y desventuras del protagonista Chang-Rodríguez establece su «verdadera» condición, apoyándose en la tradición picaresca como si de un negativo fotográfico se tratara, para afirmar que Alonso prefigura con su desnudez al hombre moderno, sin más historia que la de sus propios hechos, su fe y su fortaleza de carácter, que le permiten permanecer incorruptible en un mundo «repleto de atrocidades».

Un año después (1983) Aníbal González intenta superar la disyuntiva que obliga a considerar los *Infortunios* como texto histórico o como texto de ficción, para considerarlo simplemente un texto «capaz de englobar ambas categorías en su espe-

cificidad, dentro del contexto y las convenciones de la literatura española y colonial del siglo XVII» (p. 190). Una posición en extremo sugerente, desde la que nos expone su noción de historicidad de un texto con el fin de plasmarla en *Infortunios*. Pero cuando se enfrenta a la historicidad real del mismo, parte de un «a priori» que le imposibilita el realizarlo con un mínimo de garantías. Elimina la vía documental que podría sustentar a *Infortunios* como relato histórico y afirma paladinamente que «el texto de por sí no es confiable en lo absoluto» (p. 193). En vez de intentar comprobar los datos sobre personajes históricos y lugares posibles, se refugia en convenciones de la historia literaria que apoyan sus aserciones e invalidan la historicidad del relato, porque ésta le parece «envuelta en la circunstancialidad». Concluye su razonamiento discursivo con la negación de cualquier «evidencia extratextual que corrobore la «realidad» de Alonso Ramírez como ente histórico» (p. 195). Y en esta línea de ignorar los datos reales contenidos en *Infortunios*, considera irrelevante la «supuesta historicidad de Alonso Ramírez» y destaca, en cambio, «las múltiples señales» de la literatura picaresca que el texto nos brinda. Éste era su planteamiento de base, oculto bajo el velo de la imparcialidad científica que el título de su traba-

jo sugería. No tiene nada de extraño por eso que concluya su estudio con el párrafo siguiente:

Habiendo constatado el carácter deliberadamente picaresco de Los Infortunios y su intención expresa de constituirse en literatura de entretenimiento, (...) estamos en posición de responder en la negativa a la pregunta con que finalizamos la primera parte de este trabajo: ¿es relevante la historicidad de Alonso Ramírez para la comprensión y disfrute de Los Infortunios? Claramente, no importa (...) A nivel del texto, la historicidad de Ramírez, o la historicidad del mismo personaje «Sigiüenza y Góngora» no es más que un seudoproblema (p. 204).

En este «mare magnum» de opiniones que abogan por el carácter novelesco de *Infortunios* surge la voz discrepante de J.S. Cummins, que vuelve a defender la historicidad esencial del relato con argumentos dignos de crédito. Es verdad que gran parte de su minuciosa investigación se encamina infructuosamente a la identificación del capitán Donkin con el histórico bucanero William Dampier, quien por esas fechas (1687) se encontraba próximo al lugar en que Alonso Ramírez fue capturado. Pero no es menos cierto también que alerta sobre la verificación de un alto número de personas principales y de lugares visitados por Alonso en *Infortunios*, entre los que cita a don Gabriel de Curuzelaé-

gui, gobernador de Cavite entre 1684 y 1689, y al deán de la catedral de México, don Juan de Poblete. Su aportación se incrementa sensiblemente con las numerosas notas aclaratorias de su edición de *Infortunios*,

estrictamente contemporánea de la de Bryant. Son tantos los datos que ambas ediciones suministran sobre personajes y lugares, que en rigor resulta imposible negar la historicidad esencial del relato.

NOTA

- 1 Su título exacto es *Infortunios que Alonso Ramírez natvral de la Ciydad de San Juan de Pvrto Rico* / padeció, **assi en poder de Ingleses Piratas que lo apresaron/ en las** Islas Philipinas / como navegando por sí solo, y sin derrota, hasta / varar en la costa de Iucatán: / Consi-guiendo por este medio dar vuelta al Mundo / *Descrívelos* / D. Carlos de Si-güenza y Góngora / *Cosmographo*, y Cat-hedratico de Mathematicas, / del Rey N. Señor en la Academia Mexicana. / *Con*

Licencia en México / por los **Herederos** de la Viuda de Bernardo Calderón en la calle de / S. Agustín. Año de 1960. Utilizó la edición facsímil de **Estelle Irizarri**, Río Piedras, Comisión Cultural Puertorriqueña para el Quinto Centenario del Descubrimiento de América (**1990**), **aunque tenga a la vista** -entre otras- **las realizadas** por P. Vindel (Madrid, 1902) J.S. Cummins and Alan Soons, Valencia, **Tamesis Texts**, 1984, y W. Bryant, **Seis obras** (1984).